

LA ESTÉTICA DE LA BOINA



No es mi ánimo esforzarme en hallar el origen de lo que hoy se considera como prenda clásica del basco, siquiera en las provincias apenas parece tener más de dos generaciones de edad su uso; no intentaré averiguar si vino del Roncal, donde al presente por lo menos se usan el zorongó ó cachirulo y el sombrero redondo de ala enarcada y barbuquejo como en el alto Aragón, ni si la trajeron de Escocia los bacallaristas, ni si es descendiente de las gorras flamencas de tiempos de Teniers. El hecho es que en los tiempos que corremos, y á pesar de estar muy extendido su uso en Gascuña, Béarn y Castilla, es para todo el mundo característica del basco; los franceses no la llaman *bonnet*, sino *béret*; los castellanos no la llaman gorra, sino *boina*, y los bascos no la llaman *chano*, sino *chapela*; no quiero decir con esto que *boina* derive de *bonnet* y *chapela* de *chapeau*, sino que en ninguna parte parece ser la primitiva cubierta de la cabeza.

La gracia de la boina está en su docilidad de acomodación siempre que vaya sobre una cabeza de forma apropiada. Quiso un catalán, la primera vez que estuvo en el país, ponerse una boina, mas no atinando á colocarla con gracia y teniendo suficiente sentido artístico y penetración para comprenderlo así, renunció á ello, diciendo con mucha oportunidad: «es que son ustedes más braquicéfalos». Efectivamente, su cabeza era larga y estrecha como un pepino.

Sin embargo, más braquicéfalos que nosotros son los franceses y no hemos de atribuir exclusivamente á mal gusto esas boinas descomunales, fofas y en forma de borona mal hecha: es que la boina no cae bien ni sobre un pepino ni sobre un queso de bola, requiere una forma intermedia, ovalada; si no es demasiado grande tampoco cae bien por encima de una cara cuadrada, de anchas quijadas, como la

de los negros y los tagalos, los andaluces y los bearneses, y si es muy grande su docilidad se convierte en debilidad y disformidad.

No digamos nada de la boina Zumalacarregui, que es más bien un sombrero, con el aro que la da la forma y rigidez de un plato y con el borde hácia fuera; ni tampoco del extremo contrario en forma de solideo, porque no se prestan á muchas variaciones de forma y si solamente de posición.

Apropiándose la un pueblo de frente baja y cara de figura de corazón tuvo que achicarla el vuelo para que no comiera la cara y para sujetarla mejor contra el viento ideó volver para dentro el borde; desde entonces se prestó á mayores acomodados y variedad de formas y posturas. La gracia y el movimiento se ven expresados como en la estatuaría griega por la interrupción de la simetría; el rabillo reproduce en cierto modo sobre la boina el remolino de pelos de la coronilla, y dándole coronilla le da vida y la hace parecer parte integrante de la cabeza; la ausencia de barbuquejo la da independencia y responsabilidad propia para mantenerse en su puesto; la presencia de surcos en el lado contrario al que forma visera expresa con claridad el movimiento de la misma manera que los relieves musculares en los brazos ó los tendones en las manos, le comunica nerviosidad é interrumpe la monotonía y lisura de plato con que equivocadamente la representan los dibujantes forasteros; la ausencia de ángulos violentos, así como del aro circular la libran de rigideces, durezas y fariseismos; su variedad de conformación sin que nunca se borre su diferencia de toda otra clase de caperuza la hace asemejarse á las setas, con las que expresa en común lo fructífero de la descentralización; su resistencia á admitir los colores de naranja, amarillo y verde yerba ni dibujos de ninguna clase expresan la honestidad y sencillez de lenguaje, y la buena inteligencia que con ella tienen los cabellos cortos del *mutill*, la juventud y virilidad de quien bajo ella ha de cobijarse.

En días de resol deja á media sombra el frontispicio nasal, sobre frente sudorosa se levanta despejándola, y en día cubierto se echa hácia atrás, el temperamento nervioso deja surcos en torbellino ó la revuelve como mar tempestuoso, el temperamento linfático la deja floja y abultada como un hongo, el bilioso apunta como un novillo de Carriquiri con segunda intención y el sanguíneo la deja en cerco á manera de corona.

El chalán la extiende por un lado, mientras por el otro asoma há-

cia fuera un mechón de pelos con un clavel, aparentando tener la cabeza mas ancha de lo que es en realidad; no así el chulo, con sienes afiladas hácia delante y un pico de grulla por encima de los ojos, aparentando tener cabeza más larga de lo que es en realidad; el castellano se ha empeñado en meter la retórica hasta en la boina buscando combinaciones de dos ó más colores que formen estrellas de picos y otras figuras y que oscurezcan la expresión natural de aquella; por último, el señorito, no acordándose de que alguna vez pueda tener que sudar por la frente, la ha añadido el antihigiénico cerco de badana que la perjudica en la independencia de carácter. Y no hablemos de los buñuelos que con ella hacen las *mademoiselles*, tan poseídas de su misión de legisladoras de la moda; París es la ciudad de la presunción del buen gusto. Veremos si los alemanes desfiguran más todavía lo que enseñan en sus escaparates como *gorras españolas* al lado de panderetas y castañuelas andaluzas, abanicos valencianos y telas escocesas.

Y el que se la pueda desfigurar tanto que resulte lo más feo y disforme que se puede imaginar ¿no es una prueba de la gran capacidad estética de la boina, reveladora de raquitismos del buen gusto en personas y naciones que creen tenerlo muy robusto?

TELESFORO DE ARANZADI

